

Lauraguais, ofendido, se asoma á su vez y prohíbe al cochero que ceda un solo palmo de terreno.

El provinciano, que reconoció al conde, empezó á disculparse. Pero éste, de carácter arrebatado y difícil de calmar, le interrumpe bruscamente y exclama con rabia :

— ¡Qué importa quien yo sea! Á usted es al que hay que preguntar quién es para hablar tan altivamente aunque sea á un simple particular.

Llegada ahí la discusión; la intendenta, oculta hasta entonces en el fondo del carruaje, se asoma de repente para decir al señor de Lauraguais que su tono descortés no cuadra bien á un hombre distinguido.

— ¡Ah! ¡dispéñeme, señora — repuso al instante el conde, espantado al ver aquella cara simiesca que se le presentaba sin estar él preparado, — si se hubiese usted dejado ver antes, el cochero, los caballos y yo hubiéramos retrocedido inmediatamente!

XXI

¡FUERA CARETAS!

Todavía se estaba riendo de esa salida Luis XV, cuando hizo alto la carroza.

El monarca y el duque se apearon, subieron por la escalinata y penetraron en el vestíbulo.

Como el duque acababa de adelantarse para preparar el paso al rey, apartando las cortinas que había por el camino, este último sintió de pronto un brazo que se deslizó bajo el suyo asiéndolo fuertemente.

Algo sorprendido por tan audaz familiaridad, miró á la que se atrevía á permitírsela, y su asombro se trocó en estupefacción al ver que era una mujer disfrazada, muy joven, á juzgar por lo que de su rostro se veía, y vestida de georgiana, traje con que la Pompadour le había dicho que iría Blanca.

¿Sería, pues, ella, la que estaba á su lado?

Dando media vuelta hacia la desconocida, empezó á examinarla para salir de dudas.

Era exactamente de la misma estatura que el « demonio encarnado » de la señora Bertrand; tenía la misma cabellera oscura y abundante, los mismos ojos negros y llenos de fuego, según pudo descubrir á través de las ojeras de la máscara... poseía, en fin, todo el agradable exterior de la joven.

No obstante, pareciale menos esbelta que cuando la vió en el Parque de los Ciervos. Pero achacó esta circunstancia á un efecto de óptica debido á la amplitud de las telas que componían las diversas partes de su vestido, que quedaban ahuecadas en torno de ella en vez de ceñirsele como los vestidos ordinarios.

Quedó, pues, convencido de que era ella.

Por otra parte, ¿quién iba á acercarse á él de aquel modo, á no ser Blanca?

Lo que no comprendía es que no estuviera con madama de Pompadour y que se hallase como perdida, lejos de los invitados en medio de los galoneados lacayos que eran los únicos que poblaban el inmenso vestíbulo del castillo de Chévreloup.

É intrigábale esto tanto más, cuanto que la favorita tenía encargo de permanecer retirada con ella hasta la aparición del rey, con objeto de evitar el separarse una de otra.

¿Qué habría pasado, pues?

— Tenga la bondad de decirme, señorita, — le dijo — cómo se hace que la encuentro aquí, separada de la señora que la ha traído.

La georgiana no contestó; pero acentuóse la presión de su brazo.

El rey prosiguió :

— ¿Ha perdido usted á esa señora entre la multitud?

Un sonido inarticulado emitido por la joven, hízole pensar que había adivinado, y añadió :

— ¡Ah! En ese caso, todo se explica. Privada de su guía, y no sabiendo dónde ir, se ha refugiado V. en este lugar aislado, para esperar mi llegada que sabía usted no había de tardar. Es lo mejor que ha podido hacer.

Luego, notando gran turbación en su compañera, turbación á que atribuía su silencio, prosiguió :

— Sosiéguese, señorita. Comprendo la emoción que habrá experimentado al verse sola entre toda esta gente para usted desconocida; pero, ahora, que estoy yo con usted, dicha emoción no tiene ya razón de ser, y debe tranquilizarse.

Vamos, cálmese, hija mía — añadió con acento paternal — cálmese y reciba mis felicitaciones por la presencia de ánimo con que ha sabido salir á mi encuentro, y le prometo que no me separaré de usted.

Al oír estas palabras, la georgiana se asió más fuerte á él, como si temiera que no se realizase esa promesa.

Luis XV, que durante esa conversación se había detenido un momento en el vestíbulo, prosiguió luego su marcha hacia los salones.

D'Ayen había desaparecido.

Al ver que una mujer enmascarada abordaba familiarmente al rey, había adivinado juiciosamente que se trataba de alguna aventura galante, y, por discreción, se retiró al punto.

El monarca estaba muy satisfecho de dar el brazo á la joven. De todos modos, su alegría se hallaba algo empañada por la preocupación de saber cómo iba á salir del trance en que se había colocado al asegurar á la niña que su padre estaba desterrado y que ella había sido raptada del convento para interceder por él ante el rey.

Al exponer tal mentira, contaba el soberano con que, antes de la fiesta del día siguiente, habría intimado mucho con ella — sabemos lo que él entendía por esta intimidad — y podría confesarle la verdad y obtener de ella un perdón generoso.

Desgraciadamente, no la había vuelto á ver desde la víspera y pensaba que, por consiguiente, no había hecho progreso alguno en su corazón.

Y ahora que se acercaba el momento en que Blanca iba á conocer la impostura, sin que él tuviera tiempo de rescatarla, tenía cruel aprensión el monarca.

¿Qué pensaría ella al conocer la verdad, y cómo podría conservarla junto á sí el rey?

Esto le preocupaba grandemente.

Prevenida la muchedumbre de la llegada del rey por el duque de Ayen, había acudido en masa á la entrada de los salones, tanto para demostrar su deferencia hacia el soberano, como para ver más pronto la maravilla que éste traía.

En cambio la señora de Coislin apresuróse á ir en busca de Luisa á quien quería tener á su lado al recibir á su ilustre huésped.

Tampoco las señoras de Hausset y Mirepoix habían

perdido un segundo para acudir junto á madama de Pompadour.

Ayen creyó conveniente no hablar de la escena del vestíbulo, por lo cual aquéllas ignoraban el encuentro del monarca y esperaban avisar á tiempo á la favorita para que ésta pudiera conducir á Blanca antes de que acudiesen los convidados.

Sin embargo, Luis XV continuaba avanzando con su compañera.

Pronto llegó á los salones donde, para no perder su incógnito y satisfacer al mismo tiempo su curiosidad, se había colocado la gente en dos filas irregulares, formada de diversos grupos que dejaban un paso libre y sinuoso.

De ese modo, nada parecía preparado.

Como puede suponerse, la georgiana fué, en seguida, el objeto de todas las miradas, sobre todo de las de las mujeres, que, envidiosamente buscaban bajo su máscara la suprema belleza de que se decía que estaba dotada.

Pero, á los pocos minutos, dibujábase la sorpresa en todos los ojos, apareciendo en todos los labios una sonrisa burlona.

Ya no se dirigían solamente al rostro de la « maravilla », las miradas, sino que ahora envolvían á toda su persona, escrutando con singular persistencia sus menores detalles.

Y á medida que se verificaba ese examen, aumentaba el asombro general.

Bajo el fuego de las mil ardientes pupilas clavadas

en ella; la georgiana bajaba la cabeza y parecía muy confusa.

Luis XV, que nada notaba, seguía caminando con el mismo paso lento y tranquilo, dirigiéndose hacia el salón en que debía recibirlo la señora de Coislin.

En los grupos más separados de la pareja, en donde no había que temer ser oídos por el soberano, se comentaban en voz alta las impresiones que había producido la vista de la georgiana.

— ¡Ah! — exclamaba la vizcondesita de Pontbrillant — ¡si eso parece una futura nodriza!

— Así parece — repuso tras ella y con tono envidioso la señora de Valançay. — No hay duda: todo en esa joven revela una próxima maternidad.

— Entonces, ¿qué quiere decir esto? — objetaba la Pontbrillant — ¿no nos habían anunciado una nueva conquista?

— ¡Claro que sí! y no comprendo lo que veo. Me han dicho que el rey no suele tomarlas en ese estado. ¡Al, contrario, parece que es muy minucioso para elegir!

— ¡Oh! ¡si! — murmuró Richelieu sonriendo. — Por esa razón tampoco puedo yo creer á mis ojos... ¿Qué podrá ser este misterio?

— Tengamos paciencia — aconsejó Courtenay, dando un beso en el hombro á su vecina; — probablemente nos revelarán el misterio esta misma noche.

Y añadió, en voz baja, al oído de la vizcondesita, que se estremecía de satisfacción:

— ¡Todavía no ha demostrado el rey su buen

gusto, señora; pues aun no le ha distinguido á usted!

Análogos comentarios se hacían por todas partes, y todos presentían que les iban á revelar algo extraño.

Por fin entró Luis XV en el gran salón.

Allí le esperaba la marquesa de Coislin con Luisa que, vestida también de georgiana y con un antifaz en el rostro, se hallaba á pocos pasos detrás de ella.

La niña estaba muy lejos de sospechar la odiosa especulación para que iba á servir, y agradeció á la marquesa el haberla procurado el placer de asistir al sarao.

Así que la marquesa vió á su ilustre huésped franquear el umbral del salón, salió á su encuentro acompañada por Luisa á quien quería presentarle después de los saludos de rúbrica.

Su corpulencia y su elevada estatura ocultaban por completo á Luisa á los ojos del rey.

En cuanto acababa de ponerse en marcha, abrióse súbitamente una puerta lateral, y vinieron á colocarse ante Luis XV dos mujeres disfrazadas, una de las cuales conducía de la mano á la otra, que iba también disfrazada de georgiana.

La primera se quitó la careta.

Era madama de Pompadour.

Advertida la favorita de la llegada del rey, por sus dos amigas, ó mejor, advertida de la llegada del príncipe Boleslas Kzinski, había abandonado inmediatamente su retiro con la señorita de Nevers, para acercarse al monarca.

Pero, al llegar al vestíbulo, en donde pensaba encon-

trarle, se enteró de que ya estaba en los salones, dando el brazo á otra dama vestida de georgiana.

Sospechando entonces que su amante sería víctima de una equivocación, y hasta tal vez de algún engaño, y queriendo que una y otro cesasen al instante, en vez de tratar de franquear la compacta muchedumbre que la separaba del rey, lo cual le hubiera hecho perder un tiempo precioso, había tomado un camino desviado que conducía al salón de recepciones á fin de llegar antes que él ó bien en el momento en que él penetrase.

Ya vemos que lo consiguió.

Al verla y al ver también á su compañera, el supuesto príncipe polaco permaneció inmóvil de sorpresa, clavando en ambas, miradas interrogadoras.

La señora de Coislin, que no sabía lo que pasaba, acabó de acercarse con la señorita de Moutier que, á una seña suya, se presentó á los ojos del rey.

De modo que Luis XV tenía una georgiana ante sí, otra á su derecha, y una tercera del brazo; las tres, con ligera diferencia, casi iguales.

El monarca, cuya extrañeza se duplicó al ver á Luisa, las miraba alternativamente en silencio, así como también á la italiana y á la señora de Pompadour, y, poco á poco, iba entristeciéndose su fisonomía.

Tenía la intuición de que se hallaba en una posición ridícula, y, como nada había que tanto le desagradase, aunque había abdicado en cierto modo sus títulos para acudir á la fiesta, preguntó con voz breve, expresándose en plural por costumbre, señalando con la mirada á la señorita de Moutier y á la compañera de la Pompadour:

— ¿Podrían decirnos quiénes son estas dos personas, y con qué objeto las traen á nuestra presencia?

La señora de Coislin iba á aprovechar esta pregunta para presentar á Luisa, á quien se disponía ya á quitar la careta, cuando madama de Pompadour, sorprendida por el tono soberanamente altivo que había adoptado su real amante para pronunciar aquellas pocas palabras, apresuróse á contestar, tanto para cortar la palabra á su rival como para atraer al rey al sentimiento de la realidad:

— Príncipe, la persona que ve á mi lado, es la que me ha encargado usted que trajera aquí y á quien debía yo poner en sus manos.

— ¿Qué dice usted, señora? — exclamó, estupefacto, el monarca. — ¡Es ella!...

— La misma — repuso la favorita.

— Entonces, ¿con quién estoy yo? — murmuró el rey, hablando ahora como solía hacerlo Boleslas Kzinski.

Y rápidamente, volvióse hacia la georgiana que traía de bracero, tratando de descubrir sus facciones.

Ésta parecía pronta á desfallecer.

— ¡Fuera caretas! — ordenó de repente Luis XV con voz atronadora.

Era una orden para todos; al menos así lo comprendió la brillante asamblea, y pocas personas intentaron sustraerse á ella.

— ¡Cuidado, duque! ¡vamos á divertirnos — dijo al oído de Richelieu, la vizcondesita de Pontbrillant, quitándose el antifaz.

— No todos se divertirán — replicó el viejo mariscal, imitando el ademán de obediencia de su compañera.

Courtenay y la señora de Valançay también se dis-
enmascararon, como casi todos los que se hallaban
en el salón de recepciones.

Las caretas de Blanca y Luisa se las quitaron en
seguida la Pompadour y la Coislin.

En cuanto á la desconocida — pues no se la hubiera
podido designar de otro modo — fué casi preciso acudir
á la violencia para descubrir su rostro; pues se lo suje-
taba fuertemente con las dos manos.

No obstante, acabaron por arrancarle el antifaz.

La señora de Hausset acudió á tiempo para cumplir
tan caritativa misión.

— ¡Camila! — exclamó el rey al reconocer á su
amante abandonada. — ¡Camila!... ¡usted aquí!...

Era, en efecto, la pobre reclusa de la calle de Saint-
Médéric.

Dos palabras explicaron su presencia.

Desde la escena que había tenido por la mañana con
Luis XV, sólo la dominaba un pensamiento; intentar
por todos los medios posibles romper los nuevos
lazos en que se iba á encadenar el que la había hecho
madre.

Con esa idea, y aprovechando la turbación que causó
á la Bertrand la entrevista de la señorita de Nevers con
su hermano y el abandono de vigilancia en que había
quedado ella, espío y sorprendió cuanto se dijo en aquel
lugar, concerniente á su supuesta rival.

Y enterándose así de que Blanca tenía que ir aquella

misma noche en compañía del rey al baile que se daba
en el castillo de Chevreloup, había acechado los pasos
de la vieja « abadesa del convento de amor », y habiéndola
visto traer dos disfraces, consiguió apoderarse de
uno de ellos. Luego, después de ponérselo y de enmas-
cararse, logró salvar, mediante una escalera de jardi-
nero, los muros de su cárcel y se hizo trasladar á la
morada de la señora de Coislin en una silla de mano
que había alquilado en una plaza de Versalles.

Una vez dentro del castillo, ocultóse tras una cortina
del vestíbulo, librándose así de las miradas indiscretas
de la servidumbre y de los invitados que llegaban á
cada momento, y esperando que el rey viniese con
Blanca; porque ignoraba que, retenido por la reina,
había éste suplicado á la Pompadour que acompañase
á la joven.

Estaba decidida á reprochar de nuevo al monarca la
cobardía de su conducta respecto de ella, á fin de demos-
trar así, á la que ella suponía su sucesora, lo que cos-
taba el creer en su cariño.

Y todo quería hacerlo públicamente, para que fuese
mayor el efecto de sus reproches.

Presa de todos los tormentos de los celos que le cla-
vaban en el corazón su aguijón agudo, no reflexionaba
ella en que, si bien era un medio de provocar una rup-
tura entre Luis XV y su nueva elegida, no era, sin
embargo, el de devolverle el amor del soberano.

Durante una hora, había asistido ansiosa, á las idas
y venidas de los lacayos y á la llegada de los invitados,
sin que nadie la viera.

Al fin hizo su entrada el rey. Pero, al no verlo Camila con Blanca, olvidó su resolución, y, por un movimiento más fuerte que su voluntad, fué en seguida á cogerle del brazo.

En las preguntas que él le había dirigido, comprendió en seguida que el vestido de georgiana con que se había disfrazado, con el sólo objeto de poder entrar en el castillo, le inducía á un error sobre su persona, haciéndola pasar á sus ojos por Blanca, quien, según dichas preguntas, debía de estar ya allí.

No atreviéndose, pues, á sacarle de su engaño, se había dejado llevar por él á los salones, resignada á sufrir todas las consecuencias de su silencio.

Ante la exclamación del rey, postróse de rodillas y adoptó una posición suplicante.

— ¡Perdón!... ¡perdón!... — balbucea al mismo tiempo. — ¡Si usted supiera!... ¡Es una fatalidad!...

— ¡Camila! — repitió Luis XV, que creía en una alucinación, por lo muy inverosímil que le parecía la cosa. — Pero, ¿por qué casualidad?... ¿Cómo ha podido usted salir?... ¿Y sobre todo, cómo se ha atrevido á salir?

— ¡Perdón!... perdón!... — volvió á suplicar la infortunada, con voz entrecortada. — Sufría tanto... era para... para...

— ¡Ah!... ¡loca!... ¡loca!... ¿Qué ha hecho usted?... — continuó el monarca, dirigiéndole miradas terribles que acababan de aniquilarla y hacían brotar de sus ojos abundantes lágrimas.

Nadie pensaba ya en burlarse de la desdichada; se

adivinaba en ella á una de las numerosas víctimas de los placeres del rey, y ahora, al contrario, compadecía-la, por la intensa simpatía que inspiraba.

Bajo apariencias frívolas, las señoras de Valançay y de Pontbrillant ocultaban corazoncitos bonísimos; por eso, lejos de divertirse, como algo prematuramente había predicho la primera, sólo expresaban un murmullo de palabras de compasión por la infortunada.

El duque de Richelieu parecía interesarse por otra cosa; así que Blanca dejó su rostro al descubierto, él empezó á contemplar con rara curiosidad su altiva faz.

— Esto es particular — se decía el duque. — ¿En dónde he visto ya el rostro de esa niña?

Prodújose gran silencio. Cada uno de los concurrentes esperaba ansioso el desenlace de tan extraña escena.

Un incidente vino á animarla un poco.

Blanca y Luisa, que se habían reconocido, lanzáronse una contra otra, con exclamaciones de júbilo.

Sin tratar de comprender por qué encadenamiento de circunstancias se volvían á encontrar ambas en un lugar tan distinto del en que se habían visto la última vez, estaban contentas por hallarse juntas.

Aisladas como estaban, esa unión les parecía una fuerza.

¿Qué pasaba? No sabían nada.

El espectáculo no acostumbrado de cuanto presenciaban en torno suyo turbaba su imaginación y apenas les dejaba una percepción confusa de los hechos exteriores.

Blanca había olvidado el motivo de su presencia en el sarao; porque la expresión dura y mala que había revestido la fisonomía del « príncipe Boleslas Kzinski » le enseñaba á éste bajo un aspecto completamente nuevo y que nada tenía de común con el simpático personaje de la vispera, con el « fiel amigo de su familia ».

Al mismo tiempo, recordaba que, durante el día, Dizons y su hermano le habían hablado de los peligros á que estaba expuesta, peligros en que no quiso ella creer.

— ¡Luisa — preguntó en voz baja á su amiga, indicándole el personaje vestido de caballero polaco, en derredor del cual se aglomeraban respetuosos los invitados, — sabes quién es este hombre?

— ¿Ese hombre, Blanca? Hace poco he oído decir que es el rey; pero que no hay que darle aquí ese título.

— ¡El rey! — murmuró sordamente la señorita de Nevers, á quien no hubiera conmovido tanto un rayo que cayese á sus pies.

Ante esa revelación, entrevió vagamente toda la verdad.

Había sido engañada odiosamente, y querían atacar su honra.

— Huyamos, Luisa... Huyamos — dijo á la de Moutier.

— ¿Huir? ¿Por qué?

— ¡Ven!... ¡Ven!... Ya te lo diré.

Trató entonces de llevarse á su amiguita; pero la

emoción había paralizado su energía y le fué imposible dar un paso.

La atención de Luis XV se desvió de Camila por aquella peripecia imprevista, que era para él un nuevo enigma.

¿Quién era aquella joven, tan bella también, que estaba en casa de la marquesa de Coislin y con quien Blanca tenía tanta intimidad?

Todo aquello se hacía cada vez más incomprensible, y el rey llegó á dudar de si estaría bien despierto.

Camila continuaba de hinojos, aguardando, como una condenada, que se pronunciase su sentencia.

Grande era su falta, ella lo sabía: no obstante, por una sola mirada de su verdugo, hubiera aceptado sin murmurar todo castigo.

¡Ay! No pensaba Luis XV en otorgarle esa prueba de perdón.

Sólo le preocupaba salir de la falsa situación en que se había colocado sin menoscabar en nada su « majestad ».

Luego de meditar algunos minutos sobre tan difícil problema, creyó haber encontrado su solución.

— Señora — dijo á la favorita, de modo que sólo le oyese ésta, — lo que está pasando es tan extraordinario, que quiero aclararlo sin retraso alguno. Como no es este lugar á propósito para tal explicación, sírvase volver inmediatamente con Camila y Blanca á la calle de Saint-Médéric. Yo iré allí en seguida.

Y dando luego el brazo al duque de Ayen, colocado en primera fila entre los curiosos, hizo un breve saludo á la señora de Coislin y se fué con paso rápido, escoltado

por ésta, que en vano multiplicaba sus súplicas para retenerlo.

Una vez desaparecido, la Pompadour tuvo que acatar la orden que había recibido.

Para lo cual condujo primero á Camila ante las señoras de Hausset y Mirepoix, rogándolas saliesen delante, y luego se dirigió hacia Blanca.

— Venga usted, señorita — le dijo, acercándose á ella y tratando de separarla de Luisa; — tenemos que volver á su casa ahora mismo.

— No... no... — quiso gritar la señorita de Nevers; pero de su contraída garganta no salió ningún sonido articulado.

Sólo pudo apoderarse del brazo de Luisa como para implorar su protección, pues se habían invertido los papeles, ya que, después de dos días de emociones, sentía Blanca doblegarse su voluntad.

— Venga usted, señorita — repitió con cierta impaciencia la marquesa; — el príncipe lo ordena.

Y cogió á la niña por la mano.

— ¡El príncipe! — repitió horrorizada Blanca, y resistiéndose cuanto podía.

La señorita de Moutier, ignorando la verdadera causa del espanto que su amiga manifestaba, y atribuyéndolo al temor de ser separada de ella, le dijo:

— No tengas cuidado, querida mía, no me separaré de ti... Iremos juntas.

— Es que yo no tengo que llevarle á usted, señorita

— observó la Pompadour. — ¿Por qué quiere acompañará esta persona?

— Porque es amiga mía y veo que quiere estar conmigo.

La palabra « amiga » chocó á la favorita.

Miró entonces más atentamente á Luisa, y acabó por reconocer en ella á la joven, que ocupaba un puesto al lado de Blanca en el landó en que había visto á esta última, cuando su paseo por los alrededores de Vincennes.

— ¡Hola! ¡hola! se preguntó — ¿qué puede hacer aquí, en casa de la Coislin?

De repente, hizose luz en su imaginación. Al observar la delicada belleza de la rubita, acababa de penetrar los deseos de la italiana.

— ¡Ah! ¡qué bribona! — murmuró entre dientes — habrá comprendido que sus atractivos no eran suficientes para cautivar al rey y habrá querido suplirlos por otros.

¡Qué desvergonzada!

No pensaba la reina Cotillón II que á ella la podrían juzgar de modo análogo, y hasta con más severidad, porque la señora de Coislin no hacía sino empezar, mientras que ella tenía varios años de infamia en su conciencia.

El descubrimiento del plan de su rival hizo que no se opusiera más á que Luisa acompañase á Blanca.

Un segundo de reflexión indújola á comprender que era su interés llevársela también.

— Teniéndola á mano — había pensado — me será más fácil impedir que suplante á Blanca en el corazón de Luis, que si la dejo en poder de la Coislin, quien,

á la primera ocasión, se la arrojará en sus brazos, como pensaba hacer sin duda hoy. Por lo tanto no hay que titubear en permitirle que venga.

Y dijo á la Moutier :

— ¡Ah! ¡si es usted amiga suya, varía la cosa! Nada tengo que objetar; vengan, pues, las dos; vengan pronto.

Blanca no intentaba ya la menor resistencia.

Se hallaba bajo el peso de una torpeza invencible que aniquilaba por completo su voluntad. Y salió del salón, llevada, por decirlo así, por Luisa y por la favorita.

Á fin de no dar nuevo pasto á la curiosidad de los invitados, madama de Pompadour hizo tomar á las dos jóvenes el desviado camino por donde ella había venido.

De modo que la marquesa de Coislin, ocupada en acompañar al rey á través de los salones, no se enteró de la marcha de su joven cautiva que, por su parte, no pensó en modo alguno prevenirla, trastornada como estaba por cuanto ocurría.

Poco después, tres carrozas traspasaban la verja del castillo de Chevreloup.

En la primera iba el rey con Ayen.

En la segunda, madama de Pompadour con Luisa y Blanca.

En la tercera, Camila con las señoras de Hausset y Mirepoix.

XXII

LESA MAJESTAD

Apenas estaban los carruajes á unas cien toesas del castillo, cuando dos jinetes, lanzados á todo el galope de sus caballos, desembocaban frente á este último, por un sendero trazado á campo traviesa y que formaba con la carretera la cuerda de un arco cuya curva era aquélla.

Ambos caballeros, vestidos con largas capas que flotaban tras ellos formando ondeantes pliegues, y tocados con sombreros de anchas alas, tenían, vistos así, en la penumbra de una noche sin luna é iluminada solamente por el débil resplandor de las estrellas, todo el aspecto de esos personajes de ultratumba de que se habla en las leyendas.

— No obstante, pertenecían al mundo de los vivos — quizás sea superfluo decirlo — é indudablemente tenían ante sí mucho tiempo, antes de ir á poblar el reino de las sombras.